

# A veces prosa

## Una presencia cotidiana (con añadidos para Xalapa), II

Adolfo Castañón

III

Todo lo que escribí sobre Francisco J. Santamaría en mi entrega anterior serían apenas indicios y preparativos de su obra como filólogo, lexicógrafo y lingüista, autor de los asombrosos tesoros llamados el *Diccionario de americanismos* en tres volúmenes (1942, 1948) y el *Diccionario de mejicanismos* (1959, 1978). Asombrosos: por su abundancia de voces, por la inteligencia y sagacidad con que el linco tabasqueño trenza los cabos sueltos de las fuentes aborígenes, aztecas, nahuas, mayas con los hontanares de las voces castellanas arcaicas y modernas, por la sutileza e inteligencia con que sabe hacer llegar a la superficie de la definición la palabra extraída, como un pez vivo del contexto literario o poético de donde proviene. Esto hace que la lectura de la obra que él llamó modestamente *Novísimo Icazbalceta* resulte amena y divertida como una novela de aventuras. Asombroso también por el conocimiento exactísimo de los lugares y voces que afloran en las letras mexicanas del siglo XIX: José Joaquín Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán, Manuel Payno, José T. Cuéllar, por poner unos ejemplos, y el tacto oportuno para engarzar dichas voces con sus definiciones. Los diccionarios que nos asombran no fueron de modo alguno improvisaciones. Los precedieron décadas de estudio como consta por el libro *Americanismo y barbarismo* (1921), donde vemos al lexicógrafo afilar sus letras y armas, enmendando la plana a los profesionales y académicos de la época, incluido su maestro, el lingüista y académico mexicano Darío Rubio.

Fue inusitada la circunstancia de que el discurso de ingreso de un académico de número como Francisco J. Santamaría (para ocupar la silla XXIII en la que luego ven-

drían a sentarse Andrés Henestrosa y ahora Leopoldo Valiñas Coalla) fuera la introducción a su *Diccionario de mejicanismos* que subtítulo “razonado, comprobado con citas de autoridades conformado con el de americanismos y con los diccionarios provinciales de los más distinguidos dictionaristas hispanoamericanos” y que pasó bajo la modesta advocación de don Joaquín García Icazbalceta, cuyo vocabulario éste dejó inconcluso hasta la “G”, y cuya impresión emprendió él mismo hasta antes de morir en 1894. Decía Icazbalceta entonces al dar a conocer su vocabulario: “no existe obra en que expresamente se trate de los provincialismos de México, mientras que otras naciones o provincias extranjeras han recogido ya los suyos...”. Santamaría aspiraba a continuar la obra de García Icazbalceta, y lo logró con creces, apegado a su espíritu y autoridad. A Santamaría no le tembló el puño para modificar y actualizar fechas y cédulas “Porque el lenguaje evoluciona o debe evolucionar, conforme cambia, se reduce o se amplía el sentido de una voz, que naciendo como nazca ésta de la boca del pueblo, del pueblo que es soberano en este atributo de crecer el idioma, él mismo podrá dar, i de hecho lo vemos i lo oímos dar diariamente, nueva acepción o más preciso o más vago sentido a una expresión; i así quien desee estar al tanto del verdadero alcance de un jiro del lenguaje popular, deberá seguir esa marcha en el desarrollo del vocablo vulgar o familiar, sobre todo en el vulgar, más aún en el plebeyo, el cual, por razón de su rebeldía a todo sometimiento jerárquico i por virtud de esa audacia propia de la ignorancia, adquiere i sufre capricho sus modificaciones, transformaciones inauditas que nadie puede explicar i que es muy difícil, cuando no inútil, investigar” (Introducción,

p. XII). Santamaría no se planta ante la lengua como un innovador, sino más bien como un observador y un heredero consecuente de las tareas de otros observadores como lo fue en su momento Icazbalceta. Sin embargo, esa observación, apegada a las fuentes del habla viva en las distintas regiones de México y a los modelos lingüísticos del Siglo de Oro español, lo llevan a producir un tesoro que no dudáramos en llamar precisamente innovador.

Al igual que Pedro Henríquez Ureña, que algo sabía del español en América, Santamaría sabía que, como diría el dominicano, en relación con la lengua “la aportación del pueblo [...] está sobre todo en la conservación de palabras indígenas [...] y en la conservación de las viejas formas castizas”.<sup>1</sup> Santamaría supo como ninguno reconocer esos dos extremos del continente lingüístico mexicano para ir desglosando en sus referencias y definiciones su convivencia y entramado. Hay que dar crédito también a su oído y a su curiosidad que desbordaba el ámbito estrictamente académico para ir al encuentro de la cultura popular a través precisamente de los libros que la documentan.

Es natural que Santamaría haya empezado abriendo fuego con un diccionario de americanismos, aunque bien supiera que las regiones lingüísticas americanas son, como señala Henríquez Ureña, cinco que abarcan grandes zonas del español hablado en América: 1) la del Río de la Plata; 2) la de Chile; 3) la Región Andina que comprende Perú, Bolivia, el norte argentino, el Ecuador y la mayor parte de Colombia; 4) la del

<sup>1</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Archivos II*, edición de Miguel D. Mena, Ediciones Cielo Naranja, Santo Domingo, 2012. Véase “Vida, miseria y grandezas del idioma castellano en América”, reportaje y entrevista de J. Natalicio González, p. 198.

Mar Caribe que comprende Las Antillas, Venezuela y la Costa Atlántica de Colombia; 5) la de México y América Central que incluye además la porción de Estados Unidos donde se habla español y que perteneció a México y aunque bien supiera que el español hablado en México no podía desgajarse o desgarrarse del todo del español hablado en América. Hay desde luego voces que son específicamente mexicanas. Doy dos ejemplos: *desgarro* como el producto de desgarrar: gargajo, flema o esputo que se extiende por Cuba, Guatemala, Perú y Chile; y *desgarriate*, término vulgarote pero muy expresivo de desorden, revoltijo, rebatiña, tumulto, mitote, barullo, batahola, confusión, y todas las cosas por el estilo, que signifiquen alteración grosera del orden, en cualquier sentido. *Aquello fue un DESGARRIATE*, se dice para expresar el extremo más alto o más grave del desorden. A veces dicese también *desgarreate*.

La introducción de Santamaría a su diccionario encierra varias lecciones en una: enseña lo que es un mejicanismo y un re-

gionalismo, enmienda y corrige al Diccionario de la Real Academia, enuncia criterios para comprender “la formación de aztequismos, esto es, de términos adaptados al castellano” procedentes del náhuatl; al mismo tiempo, hace una lista detallada y comentada de los autores y obras mexicanos e hispanoamericanos que sobre todo en el siglo XIX y principios del XX contribuyeron con sus acervos, recopilaciones y colecciones a constituir un cuerpo lingüístico y lexicográfico del español hablado en América. Y aquí cabe subrayar el hecho de que varios años antes de que se publicara el *Diccionario de mejicanismos* en 1959, Santamaría había emprendido la titánica tarea de presentar los tres tomos de su *Diccionario general de americanismos* en 1942, consciente de que la realidad del idioma español hablado en México no podía comprenderse si antes no se tenía conocimiento de los “amplios cauces del decir” americano.

Recuerdo un par de anécdotas editoriales en relación con el *Diccionario de mejicanismos*: la primera tiene que ver con el

proceso tipográfico y editorial propiamente dicho de la obra. El monumental *Diccionario* se tardó algo más de dos años en editarse bajo el celoso cuidado de Santamaría. El libro empezó a hacerse en tipos de diez puntos, y de ocho para las citas. Sin embargo, el impresor de los hermanos Porrúa se dio cuenta, luego de haber tirado doscientas galeras, de que la obra llevaría con esas características más de dos mil páginas y que por supuesto resultaba imposible producirla con el presupuesto autorizado por los Porrúa. Hubo protestas de los Porrúa cuando Larios empezó a darle pruebas a Santamaría sin autorización de ellos y sin que estuviese firmado el contrato para la impresión. Santamaría tuvo que mediar y “se convino en modificar el formato agrandándolo i modificar el tipo achicándolo para un presupuesto reajustado que aumentase poco. Como resultado del nuevo convenio se volvió a principiar la impresión del libro definitivamente, en mayo 23 del 57, en que me entregan pruebas, las primeras pruebas en plana del nuevo formato de 8 i 6 pun-

# DICCIONARIO DE MEJICANISMOS

*Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos dicionaristas hispanoamericanos.*

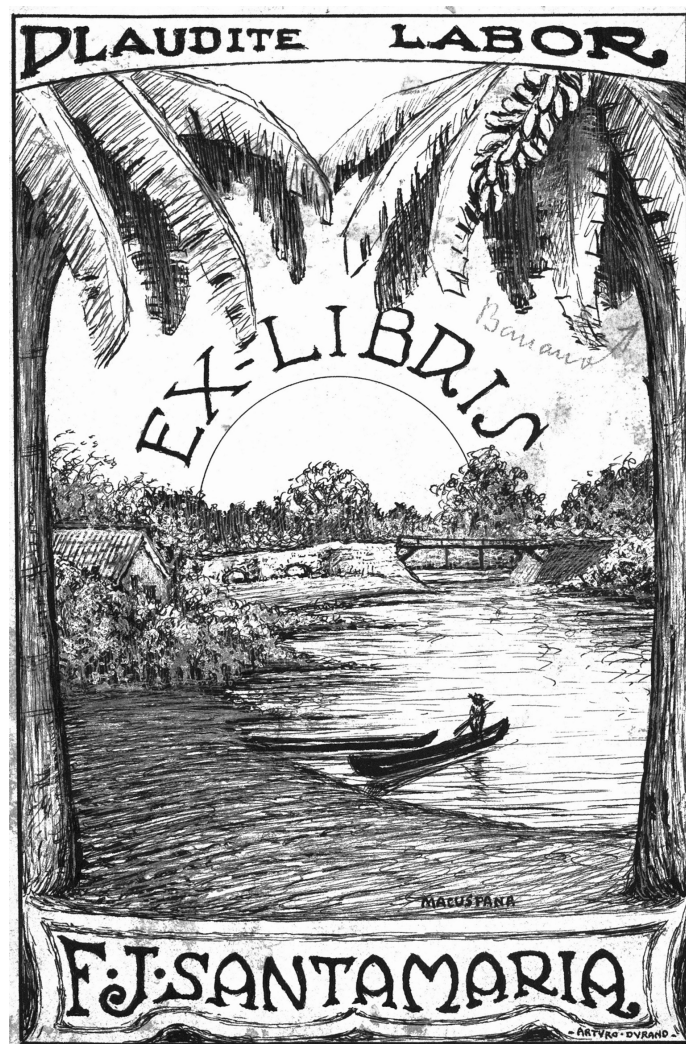
por

FRANCISCO J. SANTAMARÍA  
Numerario de la Academia Mejicana de la Lengua.  
Correspondiente de la Real Academia Española.

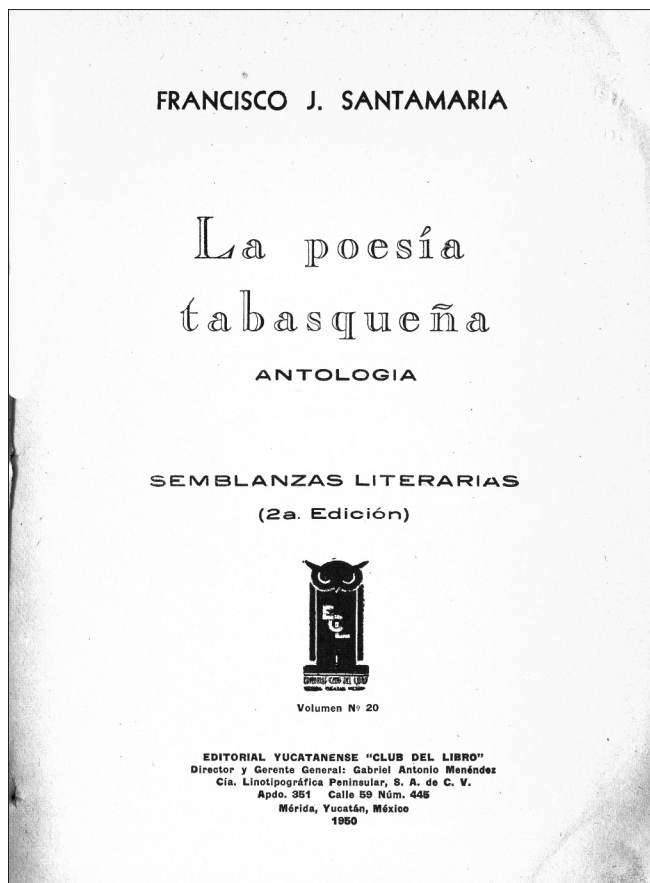
Séptima edición



EDITORIAL PORRÚA  
AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15  
MÉJICO, 2005







tos”.<sup>2</sup> El libro terminó midiendo 28 centímetros por 20.5, la tercera edición tiene 1,207 páginas y fue impresa a dos columnas en una caja de 16 centímetros por 22.5 y pesa alrededor de tres kilogramos con todo y su pasta verde keratol. La segunda anécdota tiene más miga civil y trae la noticia de una definición censurada a don Francisco por los dueños de la casa. Se trata de la acepción de la voz “tortillera”, “palabra de la cual los editores suprimieron, al imprimir su libro, la acepción de mujer que se machuca con otra”, y sigue: “Citando a Ramos i Duarte en la sinonimia que de esta voz da en su *Dicc. de Mejicanismos*, i en vista de que mis señores Porrúa, Hermanos i Cia., de Mejs., en prensa, me pidieron suprimir i suprimieron ‘por fuerte’ la 2ª acepción (figurada) de *Tortillera*, al llegar a citar la sinonimia del maestro Ramos, tuve a bien poner esta nota: *Si esto también ‘está fuerte’ (i en ello de acuerdo estamos), / que corra la misma suerte / el pobre magister Ramos.* (Es decir, que se suprimiera, como la 2ª acepción de *Tortillera*) No se suprimió”.

<sup>2</sup> Francisco J. Santamaría, *Memorias, acotaciones y pasatiempos (14)*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1981, “Agosto 9, sábado, 58”, pp. 19-20.

Cabe decir que el mismo Santamaría pudo incluir esa segunda y censurada acepción en su *Diccionario de americanismos*, al menos en la edición en tres volúmenes de 1988 que fue cuidada por su hija adoptiva, la doctora Mercedes Santamaría Hernández para el departamento editorial del gobierno del estado de Tabasco, donde queda definida esta voz en su tercera acepción como “mujer que tiene el vicio de tortillar, tortillarse o echar tortillas con otra” (tomo III, p. 206). La acepción no la recogen otros diccionarios de mexicanismos más modernos. Se dice que se trata de una voz del español general y que por ello no se encuentra en los diccionarios de regionalismos o provincialismos del idioma. Su etimología es incierta.

El *Diccionario de mejicanismos* trae muchas sorpresas. Registra, por ejemplo, los hispanismos presentes en el inglés del sur de Estados Unidos. Por poner un último botón de muestra: la voz “Adobe” que —nos dice— “En el antiguo territorio mejicano hoy noramericano, se toma en el sentido de casa o construcción de adobes: She lived in her old *adobe* o en el de terreno a propósito para edificar en él con adobe: un *adobe solé*” (p. 31).

#### IV. (BATAILLON CON SANTAMARÍA: UN SABIO VISITA A OTRO)

Siempre le he tenido simpatía a Francisco J. Santamaría. Su *Diccionario de mejicanismos* y su *Diccionario de americanismos* se alzan en mi memoria como hazañas personales comparadas a la que dieron lugar a diccionarios como el Oxford, el Webster, el Littré. No sólo me cautiva la oceánica diversidad de sus voces, sino el encarnizamiento —no encuentro otra palabra— con que el autor las documenta. Aparece Francisco J. Santamaría como un investigador de otra época, que demuestra sus conocimientos a cada vuelta de hoja con una cita literaria o una referencia histórica —con una autoridad—. Santamaría surge en mi imaginación como una suerte de Atlas que sostuviera el mundo americano —con sus indigenismos, criollismos y mestizajes múltiples— sobre sus propios hombros.

Si el *Diccionario de mejicanismos. Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos* de Porrúa es un objeto tan habitual como necesario para el mexicano electivo tanto co-

mo para el nativo semiconsciente porque semialfabetizado, y uno lo encuentra fácilmente en bibliotecas públicas y privadas, el *Diccionario de americanismos* escasea más en los estantes universitarios y escolares. Fue editado la última vez por el gobierno del estado de Tabasco gracias a don Enrique González Pedrero (y Julieta Campos, su áulica y conyugal consejera), quien fue, al igual que Santamaría, gobernador de Tabasco. Debo los tomos de este *Diccionario* precisamente a don Enrique, quien llegó a trabajar como director del Fondo de Cultura Económica entre 1988 y 1989. Yo me desempeñaba como editor y soñaba con que esta casa incluyera la mencionada obra maestra de la lexicografía americana en su catálogo. Nunca pude hacerlo, pero he leído y consultado a lo largo de los años los ejemplares lexicones de Santamaría como si fuesen novelas. Un amigo, que compartiría conmigo ese gusto, era el escritor y filósofo Alejandro Rossi. A veces nos divertíamos comparando alguna palabra presente en Santamaría con la misma o alguna afín incluida en los tres tomos de *El habla de Venezuela*<sup>3</sup> de Ángel Rosenblat o con algunos otros diccionarios de americanismos (el Malaret,<sup>4</sup> o el de Hildebrandt)<sup>5</sup> donde se podía palpar lo que Alejandro llamaba “el habla de las regiones”. Sabía lo que decía. La vitalidad y la energía de don Francisco en sus diccionarios me hacían soñar despierto. Por eso no me extraña demasiado que algunos jóvenes lingüistas lo acusen de provinciano con mecánica ironía y gesto condescendiente, pasando por alto el hecho de que sus diccionarios lo son de autoridades.

Pronto me daría cuenta de que eran ellos los descendientes y aldeanos y que pertenecían a la raza prefabricada de los investigadores improvisados a medias porque ignoran la realidad y su crudeza. Don Francisco J. Santamaría fue ciertamente un hombre de otra edad, pero definitivamente arraigado

<sup>3</sup> Ángel Rosenblat, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*, prólogo de Mariano Picón Salas (2 tomos), Monte Ávila Latinoamericana, Caracas, 1984.

<sup>4</sup> Augusto Malaret, *Diccionario de americanismos*, Biblioteca Emecé de Obras Universales, Sección XI, Referencia y Varios, Buenos Aires, 1946.

<sup>5</sup> Martha Hildebrandt, *El habla culta (o lo que debiera serlo)*, segunda edición, Martha Hildebrandt, Lima, 2003.

en su húmedo Tabasco, en el tórrido puerto de Veracruz, en el Caribe, en la ancha América, en el continente llamado México. Al final de su vida, empezó a correr su fama por el mundo. Un signo de ese curso de la voz que se va pasando de boca en boca fue la visita que el hispanista francés hizo a Francisco J. Santamaría cuando Marcel Bataillon vino a México en 1958.

De esa visita amistosa que el autor de *Erasmus y España* hizo a Santamaría, éste ha dejado, venciendo el pudor, una hoja perenne en su libro *Memorias, acotaciones y pasatiempos*. El libro estaba esperándome en la mesa de remates de la Librería Madero de Enrique Fuentes.

Dice Santamaría en esos apuntes:

1958

Agosto 12

En el Desp. de Raf. por la mañana, llega el Dr. Melo llevando a presentarme al sabio francés Mr. Marcel Bataillon, q. trae carta de introducción cerca de mí del Lic. Jorge Gurría L., de Méjico.

Marcel Bataillon es un verdadero sabio. Es Director del Colejio de France, en París, nada menos.

Entra en charla conmigo. Ha venido —dice— a Veracruz por conocerme i conocer mi biblioteca i mi fichero de cédulas del Dicc. de americanismos, que admira con asombro.

Por la tarde se instala en mi casa, revisando libros en la biblioteca i admirando algunos. Pero me pide conocer mi fichero de cédulas del Dicc. para darse cuenta de cómo trabajo. Me echa una flor que casi me tumba: “A usted le pasará lo que a Cervantes: no han comprendido que su libro es el Dicc. de un mundo. Dentro de 50 o cien años empezarán a entenderlo i admirarlo. La gloria siempre llega tarde”. I pienso en lo que dijo Julio Flores: “Todo nos llega tarde, hasta la muerte”. La mejor galantería que se ha dicho de mi Dicc. es la frase de este auténtico sabio Marcel Bataillon.

Cómo se aprende con estos hombres grandes por el saber. Ve mi fichero o cedulario i exclama: “igual a mí es usted para trabajar. Me cargan los investigadores *cor-tados a la moda* en cédulas perfectas: todas iguales en tamaño; todas blancas: 13 X 9

cms. Lo suyo es multicolor i variado. Hace ud. una cédula del papel que primero tiene a su alcance al venirle una idea, i así, toma un sobre de carta que acaba de recibir i lo recorta de un tijeretazo, o el papel amarillo de una envoltura en cartulina o papel marquilla, o cualquier retazo que se tenga a mano; el caso es atrapar la idea i llevarla al archivo de donde a todo momento se la puede sacar para que polemice en el ambiente literario. ¡Cuántas veces también la forma, el color, una cualidad peculiar de la papeleta sirve como auxiliar mnemónico o mnemotécnico pa. encontrar una idea perdida o escondida por entre el laberinto cerebral. Esto lo apunté —dice uno— en una papeleta azul, que era envoltura, o que era el sobre de una carta; o así por el estilo. Por asociación de ideas llega uno a lo que se buscaba”. Esto i otras cosas i reflexiones interesantes brotaron de sus labios finos que aguza el sabio casi en forma de pico de ave.

En la biblioteca ha curioseado más de una cosa y emitida una opinión o hecho una observación curiosa de un libro. Abre Covarrubias, la 1ª ed. de 1611, i dice: “Yo sólo he tenido la segunda, que es más importante como instrumento de trabajo, porque contiene el Aldrete, que vale también mucho como obra de consulta lingüística”.

La observación es juiciosa i como de aquel a quien es familiar el libro, a pesar de su rareza.

Habla de autores i obras españoles con la misma familiaridad con que lo haría Menéndez Pidal (o Marañón).

I la tarde se pasó sin sentirla. El hombre nos deja en la boca el sabor de una golosina.

A Bataillon y a Santamaría los unía el amor por la lengua de los Siglos de Oro y la edad de los caballeros. Honrar la memoria de Francisco Santamaría es refrescar esa raíz, ponernos a la sombra de ese árbol y recordar con el paladar de la mente el sabor de las edades hazañosas. **U**

Este texto, junto a la entrega publicada el mes anterior en esta *Revista*, fue leído el 14 de marzo del 2013 en la Casa Lamm de la Ciudad de México, en el acto organizado por la Academia Mexicana de la Lengua, con motivo del 50 aniversario de la muerte de Francisco J. Santamaría.